

las atribuciones de estados mayores. Scherer, ministro de la guerra, que se había distinguido en Bélgica y en las primeras campañas de Italia, fué perdido en esta circunstancia; pero se inclinaba bajo el peso de los años y no era bien quisto de los soldados porque reprimía la rapacidad militar. Macdonald fué destinado al mando del ejército napolitano; Massena al de Suiza; Jourdan al del Danubio; Bernadotte al del Rhin; Brune al de Holanda. Pero es de advertir que entonces era preciso operar en una línea estensa desde el Texel al Faro, pues no se había llegado á conocer aun por una larga práctica la verdadera naturaleza de tan vasto país, y cuán conveniente era contra los ejércitos sobre el Danubio para dar en aquel punto golpes decisivos.

Disolviase á la sazón el congreso de Rastadt (28 de Abril de 1799) donde se había traficado bajamente con Alemania, cuando se supo que al partir para Francia los enviados de esta nación habían sido acometidos y asesinados por húsares austriacos. Los leales alemanes se apresuraron entonces á dar á conocer al mundo entero que no habían tenido ninguna especie de complicidad en tan infame alevosía, atribuyéndola á la corte de Viena, que enconada contra los embajadores franceses porque éstos habían revelado el maquiavelismo de su proceder, deshonorándola á la faz de toda Alemania, había querido sin duda sorprenderlos para apoderarse de sus papeles.

Pero sea lo que fuere, es cierto, que el archiduque Carlos prometió á Massena castigar á los autores de aquel asesinato.

Los ingleses lograron inducir á Pablo de Rusia, á declarar á España una guerra que debía redundar enteramente en provecho de la Gran Bretaña, pues que ésta no tenía nada que perder en semejante caso, estaba segura de ganar mucho estendiendo su comercio y posesiones, vigilando los movimientos franceses en Egipto y espiondo los sucesos de Sicilia y de Holanda. La Rusia pensaba lealmente en restablecer las dinastías destruidas; pero Austria no abrigaba el mismo deseo, porque tenía siempre la vista fija en las provincias, cuya posesión codiciaba, así como en el Piamonte, y porque anhelaba proporcionarse una frontera mejor en Suiza y en el Rhin.

Austria haciendo el último esfuerzo podía poner en campaña doscientos veintimil hombres, además de los reclutas. Rusia enviaba sesenta mil á las órdenes del fanático Suwarof en quien la intrepidez suplía la falta de genio y cuyo arte consistía en ir siempre adelante. Pero este ejército compuesto de jefes civilizados y de soldados bárbaros al estilo de su país, era terrible, porque marchando siempre adelante se dejaba matar de buen grado, teniendo toda la fuerza que da la barbarie al servicio de la inteligencia, y formando un conjunto de brazos salvajes sujetos á la voluntad de una cabeza cien-

tífica. En Viena el consejo áulico había concebido el plan de campaña á la antigua, fijando con especialidad sus miras en Italia, por lo cual los esfuerzos que hicieron en el Danubio fueron menores que en la península itálica, aunque mandaba allí el príncipe Carlos. Pero Jourdan, su contrario, á pesar de que se encontraba casi privado de recursos, pasó el Rhin [1.º de Marzo de 1799]; al paso que Massena invadió el canton de los grisones, que habían llamado á los austriacos, y en resolución, las primeras acciones fueron favorables á los republicanos. Pero la infeliz jornada de Stockach obligó á Jourdan á retirarse, el cual debió su salvación tan solo á los errores del consejo áulico.

Entre tanto el valiente Kary conducía en Italia sus tropas contra Scherer, cuyos planes completamente se frustraban, y cuyo ejército fué derrotado en Magnano, de suerte que también en aquella península los republicanos iban de vencida.

DESASTRES.—CAIDA DEL DIRECTORIO.

El partido de la oposición en Francia se envalentonó á consecuencia de tantos desastres, y consiguió que omase asiento en el Directorio Sièyes, tan célebre en las pláticas, como Bonaparte en campaña.

Habiéndose confiado á Massena el mando de todas las tropas que ocupaban una vasta estension de país desde el Dusseldorf al San Gotardo, se colocó en una fuerte posición al otro lado de Limmat. Pero sobre Italia caía el terrible ruso Suwarof, varon extraordinario que se había formado en las guerras de Catalina contra los turcos, el cual para acomodarse al carácter de los soldados rusos, ocultaba con astucia su profunda instrucción bajo la máscara de maneras extrañas y originales, aparentando un entusiasmo religioso y servil que avezó á los suyos á no creer nada imposible. Dábase por iluminado con visiones celestes, hablaba siempre en un tono enfático y que tenía algo de enigmático; se inclinaba de rodillas ante los curas pidiéndoles la bendición; en el rigor del invierno montaba en camisa sobre un caballo cosaco, y todas las mañanas salía de su tienda en cueros para entonar la *diana* imitando el *quiquiri-quí* del gallo. Cuando visitaba los hospitales, á los que le parecían verdaderamente enfermos les propinaba sal y ruibarbo, y á los demás palos, pues no era permitido á los soldados de Suwarof estar en el hospital por una ligera indisposición; y últimamente, proclamaba como objeto de sus empresas la gloria de Dios y la de sus amos.

Suwarof entretanto cambiaba los oficiales austriacos del ejército de Italia, proclamando en alta voz que estaban acostumbrados á vivir delicadamente como señoritas, y que eran petimetres y haraganes. Moreau, á quien Scherer había cedido el mando de los franceses, acampados á la sazón detras del

Adda, habría podido entonces restablecer las cosas, pues disfrutaba de la confianza de sus soldados; pero no llegó á tiempo de conseguirlo. El Adda fué atravesado por todas partes, y en Lecco, en Verderio y en Bassano (Abril de 1799) se dieron sangrientos combates y el país fué saqueado y talado, según era de esperar de cosacos que apenas tenían de hombres el aspecto. Moreau, después de haber protegido con mucho trabajo á Milan hasta que se retiraron los patriotas, volvió sobre Génova desde donde podía libremente dirigirse á Francia y unirse con Macdonald que venía de Nápoles. Suwarof, en vez de seguirlo, entró triunfante en Milan (29 de Abril de 1799). Esta capital, el mejor centro de aquellas repúblicas improvisadas, foco desde donde se había difundido la revolución por toda la provincia italiana, no pudo resistir á la fuerza de un ejército que al odio encarnizado de la libertad, unía la sed de la venganza tan propia de un conquistador. Cesaron entonces los festejos, las arengas, los triunfos, los periódicos; unos se ocultaron, otros se escaparon, otros pusieron en juego cobardemente todos los medios que estaban á su alcance para merecer el perdón de los nuevos señores. Restableciéronse las cruces y los blasones, y á los gritos descompasados de *viva la religion, viva Francisco II*, se abandonaron al pillaje los palacios y se asolaron las tierras de los jacobinos. Los que confiados en la moderación de su conducta, no se apresuraron á huir de Milan, fueron llevados á las prisiones de Cattaro y del Sirmio, comenzando á organizarse al mismo tiempo un sistema atroz de persecuciones públicas y domésticas, para satisfacer rencores exasperados por un trienio de humillaciones y por un momento de triunfo.

Macdonald, que acudía desde Nápoles, después de haber dejado débiles guarniciones en Cápua, Gaeta y San Telmo, procuraba restablecer al paso el decaído espíritu republicano en la Toscana, que se había también pronunciado, gritando con un entusiasmo que rayaba en insólido furor, *viva Fernando*. Arezzo y Crotona se atrevieron á poner resistencia á su ejército, así que se halló en el duro trance de perder un tiempo precioso que necesitaba para unirse con Moreau que debía desembarcar por la Bochetta, de suerte que Suwarof tuvo bastante proporción para interponerse con fuerzas poderosas en la llanura de Plasencia. Tres días duró (Junio de 1799), la encarnizada batalla de Trebbia, al cabo de los cuales Macdonald se retiró hacia Génova por otro camino y después se dirigió á Francia.

Las órdenes del Directorio estorbaban á Moreau en sus operaciones, y le obligaban á pesar suyo á esperar á Joubert, el cual apenas llegado, se puso á la cabeza de cuarenta mil hombres muy resueltos y ardientes patriotas. Pero cuando vió que Alejandría y Mantua cedieron, y que las fuerzas de Kray y Suwarof se coaligaron, pensó únicamente

en retirarse por la parte del Apenino, y finalmente pereció en Novi (15 de Agosto de 1799), en donde se verificó una batalla mas sangrienta que todas las que la historia hasta entonces recordaba. Moreau que lo reemplazó, tuvo también la desgracia de ser derrotado; y Championnet, que bajaba al mismo tiempo por el Piamonte por la parte de Como, asistido de mejor fortuna, fue sin embargo vencido pereciendo en el campo de la gloria. Los austriacos se apoderaron entonces de Como, y todas las fortalezas se entregaron con tal rapidez, que se culpó á sus gobernadores de soborno y de tibieza; pero acusaciones semejantes son muy ordinarias contra los vencidos.

El gobierno de Turin recobró el territorio de Pinerolo que había perdido; Suwarof infundía por do quiera el espanto con sus manifestos; Brandalucioni, con bandas de gentes levantiscas del Canavesado, á las que honraba con el nombre de masas cristianas, recorria furioso el país, y arrasando en sus arrebatos de cólera los árboles de la libertad los reemplazaba con cruces, asesinando á los jacobinos y abandonando al pillaje sus casas. La escasa guarnición de Turin, acometida por Wukassowich, tuvo que sucumbir á la fuerza (Junio de 1799); cosacos y panduros perpetraron en la ciudad crímenes atroces; las prisiones se llenaron de rehenes, y el país de papel moneda, al paso que el hambre se hacia cada vez mas intolerable; pero los aliados no pensaban ni siquiera un instante en restituir á Carlos Manuel su corona.

En el brevísimo tiempo que tuvo de existencia la república Partenopea, Nápoles no se halló nunca en una situación que pudiese motivarle felicitaciones, y la necesidad de las innovaciones indispuso sobremanera á las clases en quienes recayeron. Los borbones se habían fugado de su capital tan solo por pusilanimidad. En efecto, tenían todavía intacto su tesoro y completas sus fuerzas: es de notar también que dejaban en posesión de sí un crecido número de personas fieles al monarca, que los abandonaba, y á quienes se fueron paulatinamente uniendo los descontentos. Entre tanto los clérigos y los frailes exaltaban el furor de la población contra los patriotas, así que cada día se repetían actos abominables y atroces. Pronio y Rodio, cabecillas de las partidas levantadas en los Abruzos, no dejaban de acosar á los franceses: en la tierra de Labor, Miguel Pezza, célebre bajo el nombre de fray Diablo, y otros en distintos puntos, se regocijaban en cometer asesinatos, y hasta en beber sangre y comer carne humana; pero el monarca los llamaba amigos y generales... En las Calabrias había organizado la insurrección en masa el cardenal Fabricio Ruffo, el cual las invadió con numerosas guerrillas, talando horrorosamente el país en nombre de la Santa Fé. En tanto buques ingleses y napolitanos promovían la rebelión en las costas; las

escuadras turca y rusa que sitiaban á Corfú, parecían querer amenazar á Italia; Nelson ya atacaba las costas de Toscana, ya las de Romanía; se esperaban fuerzas numerosas de Sicilia para robustecer el ejército de la Santa Fé; y finalmente, interceptándose toda comunicacion entre Egipto y Francia, se capturaban buques y personas.

El gobierno republicano de Nápoles se vió, pues, obligado á salir de aquel sosiego en que lo tenían la confianza en la prosperidad y el deseo de no manchar su reputacion con actos de crueldad. La guerra se enardecía por do quiera, y las noticias siniestras que llegaban cada día de los diversos puntos del país, desalentaban mas y mas á los patriotas. Cuando el Directorio abandonó el manejo de los negocios de la república partenopea á sí misma (Mayo de 1799) los demócratas de aquel país creyeron haber logrado real y verdaderamente el pleno ejercicio de su libertad, y confiaron el poder supremo á Gabriel Manthoné. Pero en lo interior del país fermentaban los partidos y los insurgentes, que se adelantaban, despues de haber vencido una fuerte resistencia, asaltaron la desguarnecida Nápoles. Quiso entonces como suele practicarse siempre en casos semejantes, defender la capital, mientras que habria sido mas acertado abandonarla y retirarse en buen órden á Capua ó á las montañas vecinas, no dando margen de esta manera á los realistas para perpetrar tantos crímenes. Fué entonces cuando despues de haber entrado el cardenal Ruffo en la ciudad de Nápoles con sus guerrilleros, viéndose precisados á rendirse los jefes republicanos refugiados en los castillos (13 de Junio de 1799), capitularon bajo honrosas condiciones, habiéndoseles concedido escoger entre espatriarse, embarcándose en los buques que eligiesen, ó permanecer en sus mansiones exentos de toda persecucion.

Pero Carolina de Austria, que segun decia ella misma, queria mas bien perder la vida que entrar en pactos con sus súbditos, al oír aquella capitulacion, envió á Emma Leona [1] en busca de Nelson, que se dirigia á Ná-

[1] Emma Leona es una de aquellas mujeres cuya memoria ha pasado á la posteridad acompañada de eterna infamia. La naturaleza la habia dotado de una hermosura sorprendente y de mucha viveza de ingenio, pero su índole perverso y sus relajadas costumbres ofuscaban estas buenas cualidades. Hija de una madre pobre y de padre ilegítimo y desconocido, vivió en sus primeros años en la oscuridad, y no se pudo nunca averiguar si su tierra natal habia sido el principado de Gales en Inglaterra. Apenas llegada á la pubertad, se manifestó llena de encantos y hermosa en extremo; pero hasta la edad de diez y seis años vivió en un estado de lastimosa miseria, y vagabunda, distinguiéndose entre sus iguales tan solo por sus estragadas costumbres. En esta época se apoderó de ella un tal Graham, el cual, no teniendo mas objeto que el de sacar

poles, para que ésta, valiéndose de sus gracias impúdicas, escitase al almirante inglés á escoderse en crueldad. En efecto, Nelson, á pesar de que los republicanos estaban ya embarcados, anuló la capitulacion y mandó encadenar á ochenta y cuatro ciudadanos... y el francés Mejean, comandante de los fuertes, se los entregó. ¡Así trataban á Italia los extranjeros que la habian estimulado á insur-

buen partido de su hermosura, la ofrecia en espectáculo al público en un lecho de reciente invencion, que por sus formas fantásticas y voluptuosas se llamaba comunmente lecho de Apolo. Emma Leona, recostándose en él completamente desnuda y cubierta con una sutilísima gasa, fingia ser la diosa Igea. Muchos pintores y escultores la tomaron por modelo en sus estudios, bien por lascivia ó por sus formas celestiales; y Rommey, pintor muy célebre, la reproducia bajo las imágenes de Venus, de Cleopatra y de Frine, y otros bajo las de una bacante, de una sibila, de Leda, de Talía y de la Magdalena arrepentida. Esta mujer, verdaderamente hermosa, que solia ofrecerse bajo formas celestiales y fabulosas, enamoró á Carlos Greville, de la noble familia de Werwick, el cual, echando en olvido su ilustre cuna, la envió á Nápoles para que con sus gracias seductoras inclinase á su viejo tío, sir William Hamilton, á proporcionarle dinero y concederle el permiso de enlazarse con ella en legítimo matrimonio. Aunque al principio sir W. Hamilton se negó, vencido luego por las repetidas instancias de Emma Leona, accedió en parte á los deseos de su sobrino, dándole dinero para que satisficiera sus deudas; pero no permitió nunca á Emma Leona abandonar á Nápoles, no sabiendo desprenderse de tan prodigiosa hermosura: y finalmente, en el año de 1791 celebró sus bodas con ella, dándole el nombre de Miss Har- te. Fué entonces cuando esta aventurera, convertida en lady y embajadora, olvidándose de su humilde nacimiento y de su vida estragada, tomó un tono de grandeza que sostuvo con tanto orgullo como si hubiese sido el que naturalmente le convenia.

Cuando Carolina de Nápoles, que la trataba con altivez, supo que lord Nelson la amaba hasta con frenesí, empezó á colmarla de halagos, fomentando su vanidad, y llevándola con ella, como amiga, y confidente, al teatro, á los paseos públicos y á todas las diversiones. Pero tan afectada intimidad por parte de aquella reina, tenia por único objeto cautivarse la voluntad de lord Nelson, personaje muy importante á la sazón en la corte de los Borbones de Nápoles.

Caida entonces la república Partenopea, habiendo sabido Carolina el convenio que se habia verificado con los napolitanos rebeldes, envió en busca del almirante inglés á Emma Leona á fin de que le indujera á anularlo; y así lo consiguió. De suerte que esta mujer pérfida, habiendo con su lascivia escandalizado al mundo, la hizo tambien servir de instrumento á venganzas personales, arrastrando al patíbulo á los varones mas eminentes que habian ilustrado el reino de las dos Sicilias con sus escritos y acciones heroicas.

reccionarse, halagándola con promesas de libertad. Ruffo [sea dicho en desagravio de este ministro del altar, sin pureza de costumbres y sin fe, y en oprobio eterno de Nelson], se negó obstinadamente á consentir en la violacion del tratado. En esta ocasion fueron vanos todos los esfuerzos y ruegos de Emma Leona para inclinarle á sus voluntades, vanos los del almirante inglés, que se empeñó en probarle que aquella capitulacion llevaba el timbre de la infamia. Ruffo se sostuvo firme en su resolucion, y no quiso autorizar con su firma el acto de tamaña violencia, declarando que si se quebrantaba el pacto, no debia esperarse en adelante ningun auxilio de su parte (1).

El ejemplo de tanta infamia dió alas á la crueldad mal comprimida de los sanfedistas; se robaba, se saqueaba, se degollaba; el puñal de los asesinos y el hacha del verdugo porfiaban entre sí, el cardenal Ruffo y Nelson se entregaban á vergonzosas orgías en medio de tamaño estrago; Emma Leona les recompensaba la sangre vertida con deleites impuros, y para colmo de infamia se condenaba al último suplicio en el buque almirante de la escuadra británica á Francisco Caracciolo, almirante napolitano (2). Llegaba finalmente de Sicilia el monarca (3); pero apenas desembarcado establecia tribunales, anulaba los privilegios de la ciudad, y calificaba como acto de rebelion todo lo que se habia ejecutado durante su fuga. Entonces comenzaron las proscripciones en masa, solamente en la capital fueron reducidos á prision treinta mil individuos, por haber escrito libremente ó por haber cogido las armas; el que cobijaba odios ó rencores pudo entonces satisfacerlos; el populacho convertido en un tropel de antropófagos asaba y comia á los patriotas; los tribunales dando oído á los delatores, acudiendo al tormento y contentándose para pronunciar su fallo con solo la

Pero Emma Leona, pérfida, libertina é intrigante, perdió con el trascurso de los años su hermosura y su influencia política, y finalmente, falleció en un estado de extrema pobreza cerca de Calais, agitada de remordimientos, y llevando al sepulcro la memoria de su licenciosa vida y de sus crímenes atroces.

El que quiera conocer todos los pormenores de los hechos que acabamos de narrar, y de la vida galante y política de Emma Leona, podrá leer la historia de Nápoles escrita por el general Colleta.

(Nota del traductor).

(1) Artículo de la Revista Británica sobre las cartas y comunicaciones de Nelson 1846.

(2) Véase la nota inserta en la pág. 258, núm. 1.

(3) Los señores feudales de la isla de Sicilia, que estaban obligados á dar á su monarca un número determinado de hombres para el servicio militar, pero tan solo en el reino, ofrecieron á Fernando reclutar nueve mil soldados, y cumplieron su palabra.

sospecha, condenaron al último suplicio al general Massa, á la poetisa Leonor Pimentel, á Manthoné, á Mario Pagano, á Domingo Cirillo [1] á Vicente Russo: seis varones á quienes el martirio inmortalizó, asociando sus nombres con el de su inquisidor Vicente Speciale [2]. Pero cuando la fortuna mostrándose nuevamente favorable al pendon francés, inclinaba los ánimos á la moderacion, Fernando de Nápoles publicó una amnistía con muchas cláusulas y reservas. Fué entonces cuando salieron de los calabozos siete mil personas, quedando aun mil en las cadenas, y contándose fugados tres mil, condenados al destierro cuatro mil, y fallecidos tan solo en la capital ciento diez (3). El car-

(1) Entre tantas ilustres víctimas se distinguió sobre manera Domingo Cirillo, de quien hemos hablado en otra nota. Este preclaro varon, docto-médico, buen naturalista, elegante escritor y político no vulgar, habia curado repetidas veces al monarca de Nápoles, y á muchas personas de su real familia, por lo que habiendo sabido Nelson y Hamilton, que habia sido condenado al último suplicio, le hicieron insinuar que pidiera la gracia, asegurándole que la lograría al instante; Cirillo, despues de haber escuchado la propuesta, dijo: que no queria solicitar semejante gracia, porque habiendo perdido todas las producciones de su ingenio, cuando le despojaron la casa, y habiéndole sido robada una sobrina, doncella castísima, en quien fundaba toda su felicidad doméstica y la esperanza de perpetuar su nombre, no tenia ya ningun bien que pudiese hacerle halagüeña la vida. En efecto, aquel varon ilustre subió tranquilamente al patíbulo.

[Nota del traductor.]

[2] Tanto Colleta, como César Cantú incurren en el error de llamar Vicente á Nicolás Speciale. Este impio, pocos años despues de haber perpetrado tantos crímenes atroces, agitado de terribles remordimientos, y mirado con indiferencia por la misma corte de Nápoles, que no podía de ninguna manera aprobar sus acciones infames, se volvió loco de los mas furiosos. Entonces sus parientes le enviaron á una campiña próxima á Palermo, llamada *Mala Spina ó Terre Rosse*, y le colocaron en el piso bajo de una casa que pertenecia á un principe siciliano, llamado *Fiume Salato ó San Cataldo*. Speciale no hacia mas que delirar, y en los accesos de su locura horrorizaba á todos aquellos que presenciaban tan triste espectáculo. Estaban siempre en su compañía dos mozos muy fornidos, armados de palos, que le descargaban de vez en cuando golpes desapiadados. Este hombre infame que habia sacrificado centenares de víctimas, y perseguido á los napolitanos mas distinguidos era ahora maltratado, ultrajado, apaleado por dos descamisados, ministros de la justicia divina, y de la ira de los hombres. — Colletta.

(Nota del traductor).

[3] Uno de los que estaban en las prisiones borbónicas de Nápoles, era el célebre naturalista Dulomieu, que regresando de la expedicion de Egipto fué lanzado á las costas napolitanas

denal Ruffo fué soberanamente recompensado por el monarca, y condecorado por Pablo de Rusia: los demas jefes no obstante sus crímenes atroces y su profesion de bandoleros, con títulos y riquezas. Nelson y su réproba mancha fueron colmados de honores; pero el vencedor de Aboukir se cubrió de vituperio al recibir por el monarca de Nápoles el nuevo título de duque de Bronte. Pensando, pues, en reorganizar el ejército, se pueblan sus filas con los hombres mas desalmados, y por otra parte, Fernando que no habia salido de su buque ni un solo instante, dió gracias al Todopoderoso por las victorias conseguidas, y regresó á Palermo con objeto de hacer alarde de sus triunfos. Entonces las bandas antropófagas de los sanfedistas se dirigieron sobre Roma, teniendo por jefes á Rodio, á Fray Diablo y otros hidalgos semejantes. Garniere, que mandaba la guarnicion de la ciudad, reducida á un puñado de soldados, al principio los rechazó; pero los alemanes, los rusos y los ingleses la sitiaron, por lo cual los franceses se vieron obligados á evacuarla (30 de Setiembre de 1799) despues de haber capitulado é impuesto como condicion espresa que se concederia una amnistía. La entrada de los napolitanos en Roma se verificó despues de la defuncion del pontífice Pio VI que falleció en su cautiverio de Valencia. Al cabo de poco tiempo [29 de Octubre de 1799] llegaron órdenes muy terminantes de Nápoles al comandante general, príncipe de Aragon, notificándole de aniquilar *los restos de la infame república, en cuya consecuencia, habiéndose creado un tribunal á imitacion de la junta de Nápoles*, fueron espulsados, desterrados ó presos muchos patriotas; y aunque no hubo ejecuciones de pena capital, se permitió con criminal abandono que se prodigasen insultos á unos, y que se afilase el puñal contra otros. Se organizó tambien el gobierno dándole formas semejantes al de Nápoles, y por lo tanto se pasó á la confiscacion de bienes, y se impusieron contribuciones hasta sobre las fincas pertenecientes al clero.

La revolucion se habia organizado ó aceptado con entusiasmo en Italia, tanto por los ricos como por los mercaderes, los doctos, los literatos; pero todos ellos empezaron á mirarla de reojo viéndola tan diversa de lo que en un principio habian vaticinado. El pueblo no habia tomado mucha parte en ella, como lo dió á conocer cuando se verificó la reaccion feroz que se dilató por toda la península. En efecto, el levantamiento en masa de los realistas, convirtió en tragedia las

[1799.] Habiéndosele quitado en esta ocasion su cartera y hallándose sumido en el fondo de una torre sin libros ni plumas, sirviéndose como de tinta del humo de la lámpara, escribió su filosofía mineralógica en las márgenes de un libro que tuvo la fortuna de poder ocultar á la vigilancia de la policía. Este ilustre varon fué puesto en libertad el 15 de Marzo de 1801.

comedias jacobinas; rusos, turcos, austriacos, croatas y cosacos hicieron causa comun para restaurar en su poder al papa y á la Santa Fé, lo que manifiesta claramente que en la península itálica habian estallado mas bien sediciones, producto de la indignacion de unos contra otros, que una verdadera revolucion, idea y espresion social de una época especial. Los franceses evacuaron tambien á Florencia sin tomar ni siquiera una sola medida para proveer á la seguridad pública, de suerte que la canalla se desahogó en insultos y vituperios, cometió depredaciones y se manifestó tambien sedienta de sangre. Victor Alfieri lanzándose en medio de las turbas plebeyas, aplaudia y atizaba su rabia furibunda, y finalmente, toda la Toscana se sujetó de nuevo á la obediencia del gran duque Fernando, el cual, aunque al presentarse por primera vez los franceses habia inculcado como muestra de su lealtad recibirlos con benevolencia, nombraba ahora una comision especial para retribuir premios á los que habian dado el *magnánimo ejemplo* de insurreccionarse contra ellos y *hecho todos los esfuerzos que pudieran haberles sugerido su valor y su discrecion en promover, fomentar y animar la rebelion contra aquellos enemigos* (1).

Entonces los republicanos no tenian mas en su poder que á Génova y Ancona. Esta fué atacada por las escuadras turca y rusa, y sitiada por tierra por las tropas de Austria y de la Romanía, bajo el mando de Lahor, que despues de haberse desertado del pabellon francés y pasado á los austriacos, ó como él decia, á Italia, quedó muerto en aquella circunstancia. Monier la defendió con intrépidez, y despues obligado á capitular lo hizo con honor. Pero Génova, que era el paso para Francia, fué ocupada luego por las fuerzas de aquel gobierno y puesta en estado de defensa, á pesar de que sus autoridades nacionales se manifestaron contrarias. Emigró á Francia el crecido número de prófugos italianos que salieron con honrosa pobreza de los públicos cargos en que otros habian acumulado tesoros; pero aunque fueron acogidos benévolamente por los particulares, no encontraron mas que indiferencia en un gobierno débil que no necesitaba ya de su patriotismo. Por lo cual revivió en ellos el deseo de regenerar por sí solos la tierra natal, y en aquellas aglomeraciones de padecimientos cobró vigor el sentimiento de la unidad italiana.

Tambien en los demas puntos se encapataba el cielo sobre las cabezas francesas; los ingleses y los rusos se dirigieron á Holanda y consiguieron desembarcar en el Helder á pesar de la oposicion de Brunne y Dandels, apoderándose de la escuadra holandesa que desertó de sus banderas, y que fué una adquisicion de mucha importancia para Inglaterra. Francia, asustándose entonces con el

[1] *Motu proprio* del 10 de Febrero de 1800.

temor de una próxima invasion, culpaba á su gobierno de tantos desastres, siguiendo en esto la costumbre general. Lareveillère y Merlin, únicos individuos ó restos del primitivo Directorio, se vieron en la necesidad de presentar su dimision, y entre tanto en las oscilaciones permanentes se deshace hoy lo que se ha hecho el dia anterior; mientras que por otra parte la desventura hace á los hombres cada dia mas exigentes, no faltando quien pidiera que se buscara nuevamente el áncora de salvacion en el terror. Los scioanos vuelven á erguir su cabeza; los conscriptos huyen, y se echa mano de todos los medios para obtener dinero, renovando leyes suntuarias que redujeron á aquellos nuevos atenienses á una espartana mezquindad. Fué entonces cuando se acudió con mas energía á empréstitos forzosos en proporcion de la riqueza de cada cual, pero esta medida suscitó grandes quejas, y últimamente, fué necesario apelar á aquel mismo sistema violento y represivo que se aborrecia. Reducido el Directorio al duro trance de destruir los consejos, no quedó mas que la fuerza militar. Los clubs de los soldados y los mensajes de los ejércitos ponen de manifiesto que pretendian ambos dictar la ley; y el gobierno, viéndose atacado audazmente, no osando acudir al terror, se esforzaba á vencerlo todo por medio de las intrigas y de la policía. Por otra parte, Luciano atizaba el fuego y fomentaba el descontento para que se convirtiera en que su hermano Napoleon era un personaje necesario. Siéyes, que habia desaprobado siempre aquella forma de constitucion vigente, disolvió las sociedades jacobinas que habian empezado otra vez á reunirse, diciendo: "no necesitamos ya charlatanerías, sino una cabeza y una espada."

Todas las miradas se dirigian, pues, á Bonaparte, cuya gloria resaltaba entre aquellas desventuras, y á quien se consideraba como sacrificado en Egipto por la malevolencia. La larga distancia daba aumento á sus méritos y grandeza á sus proyectos, y se creia ver en él, vencedor de Oriente, el único caudillo capaz de oponer resistencia á las hordas de Suwarof.

Y en realidad la fortuna no se conservaba muy fiel á Bonaparte. Desaix, que continuaba la conquista del alto Egipto, (Octubre de 1798) y que disfrutaba del elevado renombre entre los musulmanes del *Sultan justo*, decia en su correspondencia "que aquella guerra no era verdaderamente tal, sino una caza difícil, debiendo con la infantería sola derrotar á una caballería intrépida y valerosa que combatia sin observar reglas de ninguna especie. Esta caballería, continuaba diciendo, podia ser sorprendida pero no obligada á combatir cuando se quisiera; reforzada como se veia á cada paso por sus muchos partidarios y por una que otra tribu árabe halagada por la esperanza del botin y por la facilidad de escaparse del peligro y desparatada en inmensos desiertos donde halla-

ba pastos y fuentes al abrigo del enemigo. Los triunfos decisivos eran imposibles; solo con marchas continuas y organizando compañías de dromedarios llegamos á destruir á un enemigo que mostró tan maravillosa constancia. Con frecuencia, sorprendido, derrotado, espulsado del territorio egipcio, el hambre lo traia á treinta ó cuarenta leguas mas abajo del punto donde se le habia esperado; jamas lo perseguimos por menos espacio que el de cincuenta leguas, y esto lo hicimos muchas veces: sorprendimos frecuentemente á Murad-Bey, de noche; apoderándonos de sus armas, caballos y bagajes, siempre se reorganizó despues de haberse perdido en la inmensidad del desierto. La relacion de nuestra campaña seria la descripcion de nuestros padecimientos y escesiva paciencia, no de nuestras combinaciones (1).

Bonaparte entre tanto se veia obligado á rechazar en Siria á Ibrahim-Bey; pero la Puerta, que habia declarado la guerra á Francia, preparaba ya tropas en Rodas y otras tambien en Siria, las cuales debian ponerse en movimiento á un tiempo mismo para marchar sobre Egipto; pero queriendo Bonaparte prevenirlas formó un cuerpo de dromedarios, tomó á Gaza y Jaffa y acometió á San Juan de Acre, fortaleza inespugnable y llave de la Siria, confiando en que los drusos del Líbano le auxiliaran; pero halló en ella una resistencia obstinada, mientras que por otra parte los ingleses le interceptaban la artillería destinada á sitiaria.

A decir verdad derrotó en el monte Tabor al ejército turco; pero es de calcular que consumió en vano dos meses de tiempo y perdió una multitud de guerreros esclarecidos delante de San Juan de Acre, continuamente provista de toda clase de municiones por Sidney Smith, comandante de las fuerzas inglesas; hasta que la peste que se manifestó entre sus tropas, le obligó á levantar el sitio (20 de Mayo de 1799). En Jaffa queria suministrar opio á sus soldados apestados, prefiriendo mas bien verlos morir por obra suya que dejarlos caer en manos del enemigo; pero el médico Desgenettes le dijo: mi oficio es curar á los enfermos y no matarlos." A su regreso á Egipto, aunque halló el Delta insurreccionado, celebró en el Cairo sus triunfos por la campaña de Siria. Habiendo desembarcado entonces en Aboukirdiez y ocho mil turcos entre soldados de caballería y genízaros, Bonaparte los derrotó, pero esta victoria no fué bastante para que su ejército no prorumpiese en altos lamentos, diciendo que se le queria obligar á sufrir grandes trabajos y privaciones, no habiendo podido tener ni siquiera el consuelo despues de seis meses de recibir noticias de su patria, porque los enemigos que surcaban el Mediterráneo cuidadosamente las inter-

[1] Desaix, carta á Damas inserta en el *Brécis des Evénemens militaires*. T. IV.

ceptaban. Tantos desastres causaron tedio á Bonaparte, el cual habiendo llegado á entender lo que pasaba en Francia y los deseos y planes de sus amigos, resolvió regresar á toda costa á Europa saliendo de Egipto con dos solas fragatas, acompañado de Berthier, Lannes, Murat, Andreossi, Marmont, Berthollet, Monge, y desertando con gran secreto del ejército que le había sido confiado, tan solo para correr en pos de la fortuna. Al cabo de pocos días anunció el telégrafo á los parisienses que Bonaparte había llegado á Frejus (Octubre de 1799). El entusiasmo, la curiosidad, un suceso tan inesperado le convirtieron á los ojos de la nación en una divinidad. Bonaparte entre tanto vuela á la capital de Francia donde le esperaba un consejo de guerra ó un trono; pues el Directorio habría podido castigarlo como desertor ó como infractor de las prescripciones sanitarias. Pero todos le aclamaron como salvador, y en los teatros se anunció su vuelta; las campanas, los fuegos artificiales y las salvas de artillería lo festejaron, y él ofreciendo al Directorio su espada, juró no sacarla jamás, sino en defensa de la república. La necesidad de orden, de medidas fuertes y resueltas, y de unidad, el deseo de adherirse á alguna persona y de depositar en ella su confianza, ya que las ideas eran vagas é inestables, tenían á la sazón los ánimos perplejos en Francia; por lo cual todos se apiñaron al rededor de Bonaparte. Los desventurados le invocan como su único apoyo, los que han perdido sus empleos descubren en él al vengador de sus derechos, y finalmente, los débiles que admiran siempre los actos atrevidos, aplauden en Bonaparte al hombre resuelto, cuyas hazañas referidas parecían uno de los cuentos árabes de las mil y una noches. Los Brutos esperaban por su medio recobrar el poder, no renunciando, sin embargo, al derecho de matar después al César; los moderados querían que la reforma se efectuase por un hombre de energía y capaz de afianzarla; los intrigantes esperaban pescar en río revuelto y sacar ganancia en un nuevo trastorno, y hasta los realistas soñaban con que Bonaparte restableciera el trono de sus antiguos monarcas. El, sin embargo, conservaba entre aquella variedad de intereses y entre la oscilación de los partidos, un egoísmo decidido y profundo que tenía en su abono la fortuna y el arte que poseía aquel gran capitán tanto en conocer como en aprovechar la ocasión. Ofrecieronle sus servicios Talleyrand, siempre el primero en volver la espada al sol poniente, y el sagaz Fouché, es decir, la diplomacia y la policía. Bernadotte, que había dejado su cartera de ministro de la guerra, manifestándose cada vez más adherido á la república, no veía salvación para la libertad sino en el jacobinismo; pero todos los demás generales como Beaumarchais, Berthier, Duroc, Marmont, Lannes, Murat, Bourienne, futuros mariscales y reyes, y hasta Augereau, el ardiente repu-

blicano, se unieron á Bonaparte, su antiguo jefe ó colega: Massena y Brune estaban en campaña. Los oficiales retirados y los antiguos soldados quisieron también coadyuvar al triunfo del orden militar sobre el civil. En resolución el genio arrastra siempre en pos de sí á las medianías.

No se había profundizado aún la prudencia de Bonaparte en el arte de gobernar; pero nadie desconocía que era afortunado, y esto bastaba. Necesitándose, pues, un hombre que diese unidad é impulso á tanta variedad de movimientos, se fijaron en él todas las miradas, porque se le creyó á propósito para el caso. Todas las esperanzas se fundaban en Bonaparte, y todos buscaban su dictámen; pero él que se conocía hombre necesario, sabía esperar la ocasión meditando entre tanto los medios de constituir la república tan sólidamente, que nada tuviese que temer del choque de las facciones. Por entonces su ambición se limitaba á lograr un puesto en el Directorio, escluyendo á Siéyes, á quien odiaba por ser el único que podía competir con él. Pero Talleyrand supo reconciliar á estos dos orgullosos personajes, que representaban papeles muy distintos, pues Siéyes podía definirse un residuo de las teorías sistemáticas de los metafísicos del siglo ya próximo á espirar, al paso que Bonaparte no podía tener más calificación que la de un ambicioso que se sentía nacido para dictar leyes al siglo nuevo. Concertaron, pues, entrambos y fingieron una combinación jacobina que diese pretexto para trasladar á Saint-Cloud el cuerpo legislativo y nombrar á Bonaparte comandante de las tropas. Así se hizo: Bonaparte llamado á prestar juramento, se presentó rodeado de toda la oficialidad, mientras por la calle iban desfilando sus batallones; y entrando en el salón con esta comitiva, elogió á los representantes diciendo: "queremos la república, la queremos fundada en la verdadera libertad, en el régimen representativo, y la tendremos; la juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas."

Así esquivó el juramento á la constitución vigente. Después, á la salida arengó á los soldados, y entre los gritos de *viva Napoleon!* ocupó los puestos militares y comenzó la revolución. "¿Qué han hecho, gritaba, de esa Francia que yo dejé en tanta espléndidez? Dejé en ella la paz y halló la guerra; dejé victorias y halló derrotas; dejé los millones de Italia y halló leyes usurpadas y miseria. Los cien mil franceses, mis camaradas, compañeros de mi gloria, ¿dónde están? Todos han muerto."

Espressándose en este tono obligó é indujo á los directores á renunciar sus cargos, y se quedó él solo con la fuerza. Mas los consejos, advirtiéndole la dictadura que los amenazaba, se reunieron en Saint-Cloud y juraron la constitución del año III, á pesar de hallarse rodeados de tropas. Bonaparte conoció entonces la necesidad de acabar de una

vez lo que había comenzado, y habiendo entrado en el consejo de los Ancianos, protestó contra los nombres de Cromwell y de César que se le daban. "Mi celo y el vuestro, dijo, no han tenido más móvil que el deseo de poner remedio á los males de la patria: evitemos tantos desastres: salvemos lo que tantos sacrificios nos ha costado, la libertad y la igualdad. En cuanto á la constitución, todos los patriotas quieren destruirla. Pensad vosotros en salvar la Francia, y yo, rodeado de mis hermanos de armas, sabré secundaros; pero si algún orador vendido al extranjero, hablase de ponerme fuera de la ley, apelaré á mis compañeros. Reflexionad que camino acompañado del dios de la fortuna y del dios de la guerra."

Presentándose después en el consejo de los Quinientos, todos se pusieron en pie, gritando: *¡abajo el dictador! ¡abajo el tirano!* y rodeándolo le echaban en cara su traición, le dirigian preguntas y á duras penas pudo su hermano Luciano, que era presidente, contener á la Asamblea que quería ponerlo fuera de la ley. Bonaparte comenzaba ya á desfallecer bajo el peso de tantas emociones; pero Luciano sostuvo su valor; empuñó la espada y declaró que la hundiría en el pecho de su hermano si fuese traidor á la libertad. Entonces los granaderos entraron en busca de su general y lo sacaron del salón. Un momento de vacilación habría bastado para que Bonaparte corriese la suerte de Robespierre; pero él, diciendo á los granaderos que se había tratado de asesinarle, les mandó penetrar en la asamblea y dispersarla á la bayoneta, con lo cual quedó hecho dueño del poder.

Bernadotte y Moreau, cogidos de sorpresa y sin tener formado plan de antemano, no se atrevieron á ponerse á la cabeza de una oposición militar, y casi concluyó la anarquía en Francia, como cuatro años antes había cesado la crueldad, pidiéndose por todos que á la violencia de ésta y á la debilidad de aquella sucediera un gobierno robusto y ordenado cuanto fuese necesario para defender la libertad y propagarla.

EL CONSULADO.—CONSTITUCION DEL AÑO XIII.

El soberano pueblo francés supo por los periódicos (Noviembre de 1799), que el Directorio había dejado de existir; que se había prorrogado por cuatro meses y medio el cuerpo legislativo, habiendo sido nombrados cónsules Siéyes, Roger-Ducós y Bonaparte con poder dictatorial y el encargo de fijar las bases de una nueva constitución, de restablecer la tranquilidad en el interior, y de procurar una paz honrosa y sólida en el exterior; y por último, que á los susodichos cónsules se habían agregado dos comisiones para hacer las veces del cuerpo legislativo, las cuales, además de arreglar con los cónsules los asuntos urgentes de policía, legislación y hacien-

da, prepararían leyes reformadas y un código civil.

Después de pintados la situación deplorable del país y los males que le aquejaban, decían los cónsules: "ya es tiempo de calmar tanta agitación, de afianzar la libertad de los ciudadanos, la soberanía del pueblo, la independencia de los poderes constitucionales de la república, cuyo nombre ha servido para consagrar la violación de todos los principios.... La monarquía no volverá á levantar la cabeza; se borrarán los horribles vestigios del gobierno revolucionario; comienza una nueva era en la cual, república y libertad dejarán de ser nombres vanos."

Hízose tranquilamente un cambio tan importante; pero destruir era una cosa fácil, y ya muchas veces puesta en práctica, lo difícil era reconstruir.

Entre tanto, aunque para todos fué evidente la ilegalidad del hecho, ninguno se atrevió á hacer resistencia, porque á unos abrumaba el cansancio, y á otros halagaba la esperanza; y así el aplauso universal encubrió la irregularidad de las medidas adoptadas. Barras confiaba en la gratitud de Bonaparte: ¡qué candidez! Siéyes se había imaginado que su colega atendería á las cosas de la guerra, y le dejaría los negocios civiles; pero en la primera entrevista advirtió que acerca de todo lo que se trataba, tenía Bonaparte conocimientos ó ideas ó se las formaba facilísimamente, esponiendo desde luego su parecer como cosa resuelta, y esta experiencia le hizo decir: *Tenemos un amo que sabe, que puede y que quiere hacerlo todo.*

Pusieronse entonces en claro los desórdenes y el descuido de la administración precedente. El ejército estaba sin paga, desnudo y hambriento, el erario vacío, el papel del Estado desacreditado enteramente, el crédito aniquilado, y el agiotaje en su apogeo. El héroe que había dado la gloria á su país, restableció en él la confianza; Gaudin, llamado al ministerio de hacienda suprimió las contribuciones arbitrarias, estableció la regularidad de los pagos, y finalmente, se derogaron las leyes del terror como las de rehenes, por la cual estaban presos los parientes de los vendedores en garantía contra las demasías de éstos, y la ley contra los eclesiásticos. Devolvieronse á muchos emigrados sus bienes, dándoles permiso para regresar á Francia; en efecto, en virtud de esta providencia, volvieron Lafayette, Lally Tolendal, Carnot y Portalis; restablecieron los domingos y los demás días de fiesta, se abrieron nuevamente las iglesias de los campos y se permitió el ejercicio del culto interior (1); se

[1] A pesar de que todas las miras de Napoleon desde la época de su consulado se dirigieron á echar los cimientos de un poder despótico todo en su favor, nadie puede negar que se le debe el gran bien de haber borrado las huellas de una revolución completamente pagana, y por lo tanto destructora del hombre moral. El mezqui-